

La tumba

Jim Butcher

Traducción:
Isabel Notario Matey



Hay razones por las que odio conducir deprisa. En primer lugar, el Escarabajo azul, un vehículo fabricado por Volkswagen que no me pega nada pero con el que desempeño mi trabajo, que suena y cruje peligrosamente cuando supero los noventa kilómetros por hora. En segundo lugar, no me llevo demasiado bien con los avances tecnológicos. Cualquier producto fabricado después de la II Guerra Mundial parece ser susceptible de fallar en cuanto me acerco a él. Por regla general, cuando conduzco, lo hago con prudencia y sensatez.

Esta noche ha sido una excepción.

Al doblar una esquina, los neumáticos de mi Escarabajo rechinaron como si protestaran contra la señal de prohibido girar a la izquierda que allí había. El viejo coche gruñía, indomable, como si notara lo que estaba en juego, y seguía desempeñando su aguerrido trabajo, gimiendo y vibrando mientras bajábamos a toda velocidad por la calle.

—¿Podemos ir más deprisa? —dijo Michael con voz cansina. No era una queja, sino una pregunta formulada con voz tranquila.

—Solo si tenemos el viento a nuestro favor o vamos cuesta abajo —dije—. ¿Cuánto queda hasta el hospital?

El hombre corpulento encogió los hombros y negó con la cabeza. Su pelo era una mezcla de sal y pimienta, el negro destacaba sobre el color plata que algunos hombres tienen la suerte de heredar, aunque la barba era todavía muy oscura, casi negra. Tenía marcadas líneas de expresión que dejaban vislumbrar huellas de pena y tristeza. Sus manos grandes y llenas de arrugas descansaban sobre las rodillas, que iban aplastadas contra el salpicadero.

—No estoy seguro —me contestó—. ¿Unos tres kilómetros largos?

Por la ventana del Escarabajo vi la escasa luz que quedaba.

—El sol casi se ha puesto. Espero que no llegemos tarde.

—Lo hacemos lo mejor que podemos —me aseguró Michael—. Si Dios quiere, llegaremos a tiempo. ¿Estás seguro de tu... —movió la boca expresando su disgusto— fuente de información?

—Bob es un pesado, pero raras veces se equivoca —contesté, dando un frenazo y esquivando un camión de basura—. Si dijo que el fantasma estaría allí, lo estará.

—Que el Señor nos acompañe —dijo Michael, y se santiguó. Yo sentí algo, como una corriente de energía apacible y tranquilizadora alrededor de él, el poder de la fe—. Harry, hay algo que quiero preguntarte desde hace tiempo.

—No me vuelvas a pedir que vaya a misa —le dije con una sensación de inquietud—. Ya sabes que voy a decirte que no. —Alguien con un Taurus rojo me cortó el paso y tuve que dar un viraje brusco para esquivarle; me metí en la isleta para girar y después adelantarle. Dos ruedas del Escarabajo se levantaron del suelo—. ¡Gilipollas! —grité por la ventanilla del conductor.

—Eso no me impide seguírte lo pidiendo —aseguró Michael—. Pero no se trata de eso. Lo que yo quería saber es cuándo vas a casarte con la señorita Rodríguez.

—¡Madre mía, Michael! —Fruncí el ceño—. En las últimas dos semanas, tú y yo hemos estado recorriendo toda la ciudad, persiguiendo a todos los fantasmas y espíritus a quienes, de repente, les ha dado por aparecer. Todavía no sabemos cuál es la causa de que el mundo de los espíritus haya perdido la chaveta.

—Lo sé, Harry, pero...

—En este momento —le interrumpí—, vamos tras la pista de una horrible viejecita que está en Cook County, y que podría matarnos si no nos concentramos. Y tú vas y me preguntas por mi vida amorosa.

Michael frunció el ceño mirándome.

—Te acuestas con ella, ¿verdad? —dijo.

—No lo suficientemente a menudo —gruñí y cambié de carril, dando un volantazo al toparme con un autobús.

El caballero suspiró.

—¿La quieres? —preguntó.

—Michael —dije—. Dame un respiro. ¿Cómo me sales con preguntas como esa?

—¿La quieres? —siguió presionando.

—Ahora lo que me preocupa es conducir.

—Harry —preguntó sonriendo—. ¿Quieres a la chica o no? No es una pregunta muy difícil.

—Mira quien habla —refunfuñé. Pasé por delante de un coche de policía superando en unos treinta kilómetros por hora el límite de velocidad, y vi como el oficial que estaba junto a la rueda parpadeaba y derramaba su café al verme pasar. Miré por el retrovisor y comprobé que las luces azules del coche patrulla se habían encendido—. Maldita sea, eso lo va a estropear todo. Los policías van a venir pisándonos los talones.

—No te preocupes por ellos —me aseguró Michael—. Tú, responde la pregunta.

Le eché una mirada a Michael. Él me miró, con un gesto que denotaba sinceridad, la mandíbula era fuerte y sus ojos grises brillaban. Tenía el pelo muy corto, con la parte de arriba cortada como los marines pero lucía una barba rala de guerrero.

—Supongo que sí —dije, un segundo después—. Sí.

—Entonces ¿no te importa decirlo?

—¿Decir el qué? —Me quedé parado.

—Harry —me regañó Michael, mientras sufría el bote por el agujero que había en la calle—. No te comportes como un niño. Si quieres a esa mujer, dilo.

—¿Por qué? —pregunté.

—No se lo has dicho, ¿a qué no? No se lo has dicho nunca.

Le fulminé con la mirada.

—¿Y qué, si no lo he hecho? Ella lo sabe. ¿Qué problema hay?

—Harry Dresden —dijo—. Tú mejor que nadie deberías saber la importancia de las palabras.

—Verás, ella lo sabe —dije, frenando un poco y después volviendo a pisar el acelerador—. Le regalé una tarjeta.

—¿Una tarjeta? —preguntó Michael.

—Una con una dedicatoria.

Suspiró.

—Me gustaría escuchar las palabras pronunciadas por ti.

—¿Qué?

—Di las palabras —me pidió—. Si la amas, ¿por qué no puedes decirselo?

—Porque no voy por ahí diciéndoselo a todo el mundo, Michael. Por Dios bendito, es que... no podría, ¿vale?

—No la amas —dijo Michael—. Ahora me doy cuenta.

—Sabes que eso no...

—Dilo, Harry

—Si con eso me vas a dejar en paz —dije y pisé a fondo el acelerador de mi Escarabajo. Veía que la policía estaba en alguna parte, entre los coches, detrás de mí—. De acuerdo —fulminé a Michael con la mirada, con cara de pocos amigos—, la quiero. ¿A ver que te parece esto?

Michael sonrió.

—¿Lo ves? Eso es lo único que nos separa. Harry, no eres el tipo de persona que dice lo que siente ni tampoco eres demasiado introspectivo. A veces basta con mirarse al espejo y estudiar lo que uno ve.

—No me gustan los espejos —refunfuñé.

—Dejando eso aparte, tendrías que darte cuenta de que realmente amas a esa mujer. Después de Elaine, creí que ibas a aislarte totalmente y que nunca más...

De repente, sentí un ataque de odio y locura.

—No hablo de Elaine, Michael. Nunca. Si no lo puedes soportar, sal de mi coche y déjame que haga solo mi trabajo.

Michael me miró frunciendo el ceño, probablemente más por las palabras que había elegido que por otra cosa.

—Estoy hablando de Susan, Harry. Si la quieres, deberías casarte con ella.

—Soy un mago. No tengo tiempo para casarme.

—Y yo soy un caballero —respondió Michael— y tengo tiempo. Merece la pena. Estás demasiado solo y eso se nota.

Volví a mirarle frunciendo el ceño.

—¿Qué quiere decir eso?

—Estás nervioso; gruñón. Y siempre estás aislado. Tienes que mantener el contacto humano, Harry. Sería tan fácil que entraras en un camino oscuro.

—Michael —dije bruscamente—. No necesito que me des la charla ni que me eches un discurso otra vez para que cambie. No necesito que me vuelvas a decir que me aparte de los poderes malignos antes de que acaben conmigo. Ni una vez más. Lo único que necesito ahora es que me apoyes mientras me ocupo de esto.

A lo lejos, se divisaba el hospital de Cook County. Hice un cambio de dirección ilegal para ponerme con el Escarabajo azul en el carril de entrada de Emergencias.

Michael se desabrochó el cinturón mucho antes de que el coche se hubiera parado, y buscó en el asiento trasero una espada enorme, de metro y medio que estaba dentro de su funda. Salió del coche y se puso manos a la obra. Después, cogió una capa blanca que tenía una cruz roja en la parte izquierda del pecho, se la echó por los hombros con un movimiento estudiado. Se la abrochó en el cuello con otra cruz, ésta última de plata. Desentonaba con su camisa de franela de obrero, los vaqueros azules y las botas de trabajo con la punta de acero.

—¿Puedes quitarte la capa, por lo menos? —me quejé—. Abrí la puerta y salí del Escarabajo por el lado del conductor, estirando mis largas piernas. Me acerqué al asiento trasero para coger mi equipo, mi nuevo bastón mágico y la varita, que estaban recién tallados y todavía un poco verdes por el borde.

Michael, dolido, levantó la vista para mirarme.

—La capa es tan importante como la espada para mi trabajo, Harry. Además, no es más ridícula que tu abrigo.

Eché un vistazo a mi abrigo negro de piel, era como una túnica que bajaba desde los hombros con una buena caída y en la zona de las piernas tenía un aspecto algo más moderno. Mis vaqueros negros y la camisa oscura del oeste eran mucho más elegantes que el traje de Michael.

—¿Qué tiene de malo?

—Parece un conjunto de *El Dorado* —dijo Michael—. ¿Estás preparado?

Le lancé una mirada fulminante, ante la cual, él me dio la otra mejilla y me sonrió, y ambos nos dirigimos hacia la puerta. Escuché las sirenas de la policía que se acercaban, debían de estar a dos o tres manzanas.

—Vamos a ir un poco apurados.

—Entonces será mejor que nos demos prisa. —Se recogió la capa blanca con su brazo derecho, y puso la mano en la empuñadura de la gran espada. Después inclinó la cabeza, se santiguó y murmuró—: Señor misericordioso, guíanos y protégenos en nuestra batalla contra las tinieblas. —Una vez más, en torno a él circuló ese flujo de energía, como la vibración de la música que se escucha a través de una pared gruesa.

Moví la cabeza en señal de negación y cogí del bolsillo de mi abrigo una bolsa de piel del tamaño de la palma de mi mano. Tuve que probar un momento el bastón, la varita y la bolsa y como era habitual, acabé

cogiendo el bastón en mi mano izquierda, la varita en la derecha y la bolsa con los dientes.

—Ya ha anochecido. —Eché un vistazo—. Pongámonos en marcha.

Y echamos a correr, caballero y mago, para entrar por la puerta de emergencia del hospital de Cook County. Cuando entramos, todo el mundo se nos quedó mirando fijamente. Mi abrigo estaba abombado por el aire y por la velocidad que llevábamos y formaba una nube negra detrás de mí, y la capa blanca de Michael se abría como si fueran las alas de un ángel vengador de quien él era su homónimo. Entramos a toda velocidad, y de repente nos detuvimos en la primera intersección de pasillos fríos y esterilizados en los que había mucho movimiento.

Agarré por el brazo al primer ordenanza que vi. Este pestañeó y después se me quedó mirando boquiabierto, desde la punta de mis típicas botas tejanas hasta mi pelo oscuro. Miró mi bastón y la varita y el amuleto plateado en forma de pentágono que colgaba de mi pecho con bastante nerviosismo y tragó saliva. Después miró a Michael, alto y corpulento, cuya expresión era bastante relajada, que desentonaba completamente con la capa blanca y el sable que llevaba en la cadera. Dio un paso nervioso hacia atrás.

—¿Pu... edo ayudarle?

Le lancé una mirada despiadada con mis ojos oscuros y dije, con la bolsa de piel cogida entre los dientes:

—Hola, ¿me podría decir donde está la sección de neonatos?

Subimos por la escalera de incendios. Michael sabe como reacciono ante la tecnología, y lo último que cualquiera de nosotros querría, sería quedar atrapado en un ascensor roto mientras se pierden las vidas de unos inocentes. Michael iba el primero, con una mano en el pasamanos y la otra en la empuñadura de su espada, las piernas le temblaban sin parar.

Le seguí, resoplando. Michael se paró en la puerta y volvió la vista para mirarme, con la capa arremolinada en torno a las pantorrillas. Tardé unos segundos en llegar a su altura, jadeando.

—¿Preparado? —me preguntó.

—*Hrkghngh*—contesté y asentí, con la bolsa de piel todavía entre los dientes, y dejé caer una vela blanca del bolsillo de mi abrigo, junto con una caja de cerillas. Tuve que apartar la varita y el bastón para encender la vela.

Michael arrugó la nariz al oler el humo y abrió la puerta empujándola. Con la vela en una mano, y la varita y el bastón en la otra, le seguí, miraba alternativamente a la vela y a nuestro alrededor.

Lo único que pude ver fueron otras zonas del hospital. Paredes y vestíbulos limpios, montones de azulejos y de luces fluorescentes. Los largos tubos parpadeaban débilmente, como si de repente todos fuesen muy antiguos y el vestíbulo quedó iluminado solo por una luz tenue. Una silla de ruedas aparcada al lado de una puerta formaba una larga sombra que se juntaba bajo una fila de sillas de plástico de aspecto poco cómodo situadas en una intersección de pasillos.

El cuarto piso era un cementerio, estaba en silencio como el fondo de un pozo. No se oía ningún ruido de televisión ni de radio. No

vibraba ningún interfono ni se sentía el motor de ningún aparato de aire acondicionado. Nada.

Bajamos por un largo vestíbulo, nuestros pasos resonaban con fuerza, a pesar de los esfuerzos que hacíamos por no hacer ruido. En la pared había un cartel decorado con un payaso de plástico pintado con colores vivos en el que ponía: «Neonatología/Maternidad», y señalaba en dirección a otro vestíbulo.

Pasé delante de Michael y miré por ese pasillo. Acababa en un par de puertas batientes. Este también estaba en calma. El control de enfermería estaba vacío.

Allí las luces no parpadeaban, sencillamente no había. Estaba totalmente a oscuras. Por todas partes se veían sombras y formas difusas. Di un paso adelante, por delante de Michael, y en ese momento, la llama de mi vela quedó reducida a un puntito claro y frío de luz azul.

Solté la bolsa de la boca y me la guardé en el bolsillo.

—Michael —dije con la voz ahogada por la prisa—. Está aquí. —Me di la vuelta para que pudiera ver la luz.

Sus ojos parpadearon mirando la vela y volvió a mirar hacia la oscuridad que había al fondo.

—Ten fe, Harry. —Después se palpó el costado con su gran mano derecha y lentamente y en silencio, sacó su espada *Amoracchius* de la funda, lo cual a mí me pareció algo más esperanzador que sus palabras. El acero de la gran hoja pulida desprendió un brillo tenue cuando Michael dio un paso adelante para ponerse junto a mí en la oscuridad. El poder de la espada rasgó el aire, era la fe de Michael amplificada mil veces.

—¿Dónde están las enfermeras? —me preguntó en un susurro ronco.

—Supongo que habrán salido corriendo del susto —contesté también en silencio—. O puede que hayan sufrido algún tipo de encantamiento. Por lo menos se han quitado de en medio.

Miré la espada y la larga y fina punta de metal que había colocado en forma de cruz para protegerse. Quizá fuera mi imaginación pero creí ver que todavía tenía motas rojas. Llegué a la conclusión de que probablemente fueran de óxido, sí, seguro que era óxido.

Coloqué la vela en el suelo, donde siguió ardiendo con la punta bien definida, como señalando la presencia de un espíritu. Uno grande. Bob no mentía cuando dijo que el fantasma de Agatha Hagglesworth no era una sombra cualquiera.

—Atrás —le dije a Michael—. Dame un minuto.

—Si lo que te dijo el espíritu es cierto, esta criatura es peligrosa —contestó Michael—. Déjame que vaya primero. Será más seguro.

Señalé la espada brillante con la cabeza.

—Confía en mí, un fantasma notará que la espada se acerca mucho antes de que te acerques a la puerta. Primero déjame que vea lo que puedo hacer. Si puedo encontrar al fantasma, esta competición termina antes de empezar.

No esperé a que Michael me contestase. Al contrario, cogí mi varita y el bastón con la mano izquierda y con la derecha la bolsa. Desaté el nudo sencillo que la cerraba y me adentré en la oscuridad.

Cuando llegué a las puertas batientes, empujé una de ellas lentamente para abrirla. Me quedé quieto un momento escuchando.

Oí como alguien cantaba una nana. Era la voz de una mujer. Suave. Encantadora.

—*Hush little baby, don't say a word. Mama's gonna buy you a mockingbird.*

Miré hacia atrás a Michael y después me adentré en la más absoluta oscuridad. No veía nada, pero para algo soy un mago. Me acordé del pentágono que llevaba en el pecho, sobre el corazón, el amuleto dorado que había heredado de mi madre. Era una joya ya estropeada, con marcas y mellada por haber sido utilizada para cosas para las que no fue diseñada, pero aún así la llevaba. La estrella de cinco puntas que había dentro del círculo era el símbolo de mi magia, de lo que creía; encarnaba las cinco fuerzas del universo que trabajaban conjuntamente, sometidas al control humano.

Me concentré en ella y desvié hacia ella una parte de mi voluntad. El amuleto empezó a emitir una luz azul tenue y plateada, que se extendía ante mí describiendo una sutil onda, mostrándome las formas de una silla caída y un par de enfermeras que respiraban hondo. Estaban en una mesa detrás de un mostrador, desplomadas sobre sus puestos.

La relajante y tranquila nana continuó mientras observaba a las enfermeras. Un sueño producto de un encantamiento. No era nada nuevo. Estaban fuera de juego, no iban a ningún sitio, y no tenía mucho sentido gastar tiempo ni energía en intentar romper el hechizo en el que habían caído. El suave cántico siguió sonando e intenté coger una silla caída con la intención de levantarla para poder tener un lugar cómodo en el que sentarme a descansar un poco.

Me quedé inmóvil y tuve que recordarme a mí mismo que sería un idiota si me sentaba y me exponía a la influencia de una canción

sobrenatural, aunque fuera por unos instantes. Magia sutil y fuerte. A pesar de saber lo que podía ocurrir, casi no había notado su efecto.

Esquivé la silla y avancé, entré en una habitación llena de perchas de las que colgaban pequeñas batas médicas de tono pastel en filas. Aquí, el cántico se hizo más fuerte, aunque aquel fantasmagórico sonido sin una clara procedencia seguía dispersándose por la habitación. Una de las paredes era poco más que una lámina de plexiglás, y detrás había una sala que parecía ser al mismo tiempo estéril y cálida.

En la habitación había una fila detrás de otra de pequeñas cunas de cristal colocadas sobre soportes con ruedas. Había minúsculos ocupantes, en cuyos dedos llevaban minúsculos mitones de hospital para tapar esas manos diminutas, y en las cabezas sin pelo llevaban gorros con pompones en las puntas, que dormían soñando con cosas propias de niños.

Paseando entre ellos, con mi luz de mago percibí el brillo que despedía quien estaba cantando.

Agatha Haggleshorn murió bastante joven. Llevaba una camisa limpia de cuello alto, como llevaban las mujeres de su condición en el Chicago del siglo XIX, y una falda larga, oscura, seria. A través de ella veía una pequeña cuna que tenía detrás, que parecía real. Era hermosa, con una belleza estática, huesuda y su mano derecha acababa alrededor de un muñón, en su muñeca izquierda.

—*If that mockingbird don't sing, mama's going to buy you...*

Tenía una voz cautivadora cuando cantaba. Literalmente, cantaba con tono musical, hacía girar la energía del aire de forma que acunaba a los oyentes produciéndoles una sensación de somnolencia cada vez más profunda. Si la dejaban continuar, podía hacer que tanto los niños como las enfermeras se sumieran en un sueño del que nunca despertarían, y las autoridades lo achacarían al monóxido de carbono o a algo un poco más normal que la presencia de un fantasma.

Me acerqué. Tenía suficiente polvo de fantasma para inmovilizar a Agatha y a una docena más como ella, y dejar que Michael se hiciera cargo de ella rápidamente, sin armar demasiado escándalo, mientras yo no fallara.

Me agaché, con el pequeño saco de polvo en la mano derecha sin apretarlo, y me deslicé hasta la puerta que daba a la habitación llena de bebés que estaban durmiendo. No parecía que el fantasma se hubiera dado cuenta de mi presencia, los fantasmas no son demasiado observadores. Supongo que el hecho de estar muerto te da una perspectiva de la vida totalmente distinta.

Entré en la habitación y la voz de Agatha Haggleshorn me envolvió como una droga, haciéndome parpadear y temblar. Tuve que mantenerme atento, concentrado en el poder de la magia que emanaba de mi pentágono y de su luz espectral.

—*If that diamond ring don't shine...*

Me humedecí los labios y observé al fantasma mientras se inclinaba sobre una de las cunas que estaba balanceándose. Sonrió, con los ojos llenos de ternura y le susurró la canción al bebé.

El bebé exhaló un minúsculo aliento, con los ojos cerrados por el sueño y no aspiró.

—*Hush little baby...*

No quedaba tiempo. En un mundo perfecto me habría limitado a echar el polvo sobre el fantasma. Pero este mundo no es perfecto. Los fantasmas no se rigen por las normas de la realidad, y hasta que no reconocen que estás allí, es difícil, muy, muy difícil que los afecte. La lucha es el único medio y a pesar de ello, la única forma de conseguir que se enfrente a ti es conocer la identidad de la sombra y pronunciar su nombre en voz alta. Y en el mejor de los casos, la mayoría de los espíritus no oyen... con lo que le toca a la magia conectar directamente con el Más Allá.

Me puse de pie, con la bolsa en la mano y grité, con todas mis fuerzas.

—¡Agatha Haggleshorn!

El espíritu se sobresaltó, como si una voz lejana hubiera llegado hasta ella, y se volvió hacia mí. Sus ojos se abrieron más. De repente, la canción se interrumpió.

—¿Quién eres? —dijo—. ¿Qué haces en mi guardería?

Intenté con todas mis fuerzas recordar los detalles que Bob me había contado sobre el fantasma.

—Esta no es tu guardería, Agatha Haggleshorn. Ya han pasado más de cien años de tu muerte. No eres real, eres un fantasma, y estás muerta.

El espíritu se transformó en un ser altanero y frío.

—Debería haberlo sabido. Benson te envió, ¿verdad? Benson siempre está haciendo cosas crueles y mezquinas de este tipo, y luego dice que yo estoy loca. ¡Loca! Quiere llevarse a mi niño.

—Hace mucho que Benson Haggleshorn murió —respondí, y eché hacia atrás mi mano derecha para lanzarlo—. Eres igual que tu hijo. Estos pequeños no son tuyos ni para cantarles ni para llevártelos. —Me armé de valor para lanzarlo y comencé a echar el brazo hacia delante.

El espíritu me observó con la mirada perdida, desconcertado. Esta era la parte difícil de tratar con fantasmas tan sustanciales y peligrosos; son casi humanos. Parecían capaces de sentir emociones, de tener un cierto grado de conciencia. Los fantasmas no estaban vivos, en realidad no lo estaban, eran una huella en la piedra, un esqueleto fosilizado. Tienen la misma forma que los originales pero no lo son.

Pero cuando una mujer está en peligro, soy un imbécil. Siempre lo he sido. Es un punto débil de mi carácter, un matiz de caballerosidad de inmensas magnitudes. Vi el dolor y la soledad en la cara del fantasma de Agatha y noté que me tocaba la fibra sensible. Bajé el brazo. Quizá si tenía suerte podía hacer que se fuera hablando con ella. Los fantasmas son así. Si te enfrentas a ellos con la realidad de su situación, desaparecen.

—Lo siento, Agatha —dije—, pero no eres quien crees que eres. Eres un fantasma, un reflejo. La verdadera Agatha Hagglesworth murió hace más de cien años.

—No, no —dijo con la voz temblorosa—. Eso no es verdad.

—Es verdad —dije—. Murió la misma noche que su marido y su hijo.

—No. —El espíritu gimió, cerrando los ojos—. No, no, no, no. No quiero escuchar esto. —Empezó a cantar para sus adentros otra vez, en un tono bajo y desesperado, esta vez sin encantamiento, ya no era un acto de destrucción inconsciente. Pero la niña todavía no había aspirado, y los labios se le estaban poniendo azules.

—Escúchame, Agatha —dije, imprimiendo más fuerza en mi voz al hablar, con una buena dosis de magia para que el fantasma me pudiera oír—. Lo sé todo sobre ti. Falleciste; lo recuerdas. Tu marido te golpeó. Estabas aterrorizada de que pudiera pegar a tu hija. Y cuando ella empezó a gritar, tú le tapaste la boca con tu mano. —Me sentía como un cabrón recordando el pasado de la mujer con tanta frialdad. Fuera o no fuera un fantasma, el dolor de su cara era real.

—No lo hice —gimió Agatha—. No le hice daño.

—No querías hacerle daño —dije, haciendo uso de la información que Bob me había proporcionado—. Pero él estaba bebido y tú estabas aterrorizada, y cuando bajaste la vista, ella ya había muerto. ¿Verdad? —me humedecí los labios, y volví a mirar a la niña pequeña. Si no conseguía hacer esto con rapidez, moriría. Era raro, lo tranquila que estaba, como una pequeña muñeca de goma.

Algo, algo que recordó hizo brillar los ojos del fantasma.

—Ya lo recuerdo —dijo entre dientes—, el hacha, el hacha, el hacha—. Las proporciones de la cara del fantasma cambiaron, se alargaron, se hicieron más huesudas, más delgadas—. Cogí mi hacha, mi hacha, mi hacha y le aseté a Benson veinte golpes. —El espíritu se hizo más grande, creció y por la habitación comenzó a soplar un viento fantasmagórico que partía del fantasma, impregnado del olor a hierro y sangre.

—Ah, mierda —mascullé y me preparé para intentar coger a la niña.

—Mi ángel se ha ido —gritó el fantasma—. Benson se ha ido. Y después la mano, la mano que los mató a los dos. —Levantó el tocón de su mano al aire—. ¡Se ha ido, se ha ido, se ha ido! —Se dio la vuelta y gritó. El grito sonó como un gruñido bestial y ensordecedor que hizo vibrar las paredes de la guardería.

Me lancé hacia delante, hacia la niña que estaba sin respiración y cuando lo hice el resto de los bebés rompieron a llorar de forma aterradora. Cogí a la niña y le di un pequeño azote en las nalgas ligeramente levantadas. Asustada de repente, entreabrió los ojos, tomó aliento y rompió a llorar como el resto de sus compañeros de guardería.

—No —gritó Agatha— ¡No, no, no! ¡Te va a oír! ¡Te va a oír! —El muñón de su brazo izquierdo señaló hacia mí, y sentí el impacto tanto contra mi cuerpo como contra mi alma, como si me hubiera metido un trozo de hielo en el pecho. La fuerza del puñetazo me lanzó contra la pared como un juguete, con la fuerza suficiente para que mi bastón y la varita se estrellasen contra el suelo. Gracias a un milagro o algo parecido, agarré con fuerza mi saco de polvo para fantasmas, pero mi cabeza vibró como una campana en la que un martillo acaba de percutir, y mi cuerpo se sacudió con estremecimientos fríos.

—Michael —dije casi sin aliento, tan alto como pude, pero ya podía oír como las puertas se iban abriendo a golpes, y las pesadas botas de trabajo iban avanzando hacia mí. Intenté ponerme de pie y moví la cabeza para despejarme. El viento empezó a ser huracanado, lo que provocó que las cunas se movieran por la habitación sobre sus pequeñas ruedas, y que me picaran los ojos por lo que tuve que protegerlos con una mano. Maldita sea. El polvo sería inútil con un vendaval de esas características.

—*Hush little baby, hush little baby, hush little baby.*

El fantasma de Agatha volvió a inclinarse sobre la cuna del bebé, y lanzó el muñón de su mano izquierda hacia la boca del niño, su carne

traslúcida atravesaba la piel del bebé. La niña se estremeció y dejó de respirar, aunque seguía intentando llorar.

Grité, desafiándola sin poder articular palabra y cargué contra el espíritu. Si no podía echarle el polvo encima desde el otro lado de la habitación, al menos podía lanzar la bolsa de piel hacia su cara fantasmal e inmovilizarla desde dentro, agonizando, pero de forma indudablemente efectiva.

La cabeza de Agatha se volvió con fuerza hacia mí a medida que me acercaba y se apartó del bebé con un gruñido. El vendaval le había soltado el pelo y le caía por la cara en una melena feroz que encajaba bien con los rasgos salvajes que habían sustituido su amable expresión. Echó hacia atrás su mano izquierda, y allí apareció de repente, flotando por encima del muñón, un hacha pequeña de cabeza gruesa. Chilló y me apuntó con el hacha.

El acero del hacha del fantasma sonaba como el hierro de verdad, y la luz de *Amoracchius* emitió un brillo blanco. Michael deslizó sus pies por el suelo, apretando los dientes con esfuerzo y evitó que el arma del espíritu me tocara la carne.

—Dresden —dijo—. ¡El polvo!

Me abrí paso hacia delante, a través del viento, llevé mi muñeca hacia el brazo del arma de Agatha, y espolvoreé algo del polvo para fantasmas de la bolsa de piel.

Al contacto con su carne inmaterial, el polvo de fantasmas brilló con motas abrasadoras de luz roja. Agatha gritó y se echó hacia atrás, pero su brazo siguió en su sitio con tanta fuerza como si estuviera metido en cemento.

—¡Benson! —gritó Agatha—. ¡Benson! ¡*Hush little baby!* —Y entonces simplemente se desprendió de su brazo a la altura del hombro, y desapareció dejando allí su carne espiritual. El brazo y el hacha cayeron al suelo esparciendo de repente una gelatina clara semilíquida, los restos de carne que quedaban cuando su espíritu ya no estaba, el ectoplasma que rápidamente se evaporaría.

El vendaval cesó, aunque las luces siguieron parpadeando. Mi luz de mago blanquiazul y el brillo tenue de la espada de Michael eran las únicas fuentes de iluminación fiables que había en la habitación. Me pitaron los oídos al percibir un repentino silencio, seguido de un coro de pequeños y aterrorizados gemidos.

—¿Están bien los niños? —preguntó Michael—. ¿Adónde ha ido?

—Eso creo. El fantasma debe de haber atravesado la frontera entre los dos mundos —supuse—. Sabía que lo conseguiría.

Michael se dio la vuelta describiendo un círculo con lentitud, con la espada todavía preparada.

—Entonces ¿se ha ido?

Negué con la cabeza, mirando por la habitación.

—No lo creo —respondí, y me incliné sobre la cuna del bebé que casi se había asfixiado. El nombre que llevaba en la pulsera de la muñeca era Alison Ann Summers. Le di un golpecito en su pequeño moflete y ella se dio la vuelta hacia mi dedo, cogiéndome la punta con sus pequeños labios y acallando así sus gemidos.

—Saca el dedo de la boca de la niña —me regañó Michael—, está sucio. ¿Y ahora que hacemos?

—Vigilaré la habitación —creo—. Y después saldremos de aquí antes de que aparezca la policía y nos detenga...

Alison Ann se estremeció y dejó de respirar. Sus pequeños brazos y piernas se quedaron rígidos. Sentí como algo frío pasaba por encima de ella, escuché el zumbido lejano de la nana demencial.

«*Hush little baby...*»

—Michael —gritó—. Todavía está aquí. El fantasma ha llegado aquí desde el Más Allá.

—Que Dios nos proteja —dijo Michael—, Harry, tenemos que perseguirla.

El mero hecho de pensar en ello hizo que me diera un vuelco el corazón.

—No —dije—. De ninguna manera. Este es un fantasma en toda regla, Michael. No me voy a meter en su terreno y a exponerme a que me ataque.

—No tenemos opción —dijo Michael con brusquedad—. Mira.

Miré. Los niños se estaban callando, uno por uno, esos llantos comenzaron de repente a calmarse y fueron transformándose en respiraciones calmadas.

«*Hush little baby...*»

—Michael, nos va a destrozar. Y si no lo hace ella, lo hará mi madrina. Michael negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—No, por Dios, no dejaré que eso ocurra. —Se dio la vuelta para mirarme fijamente—. Y tú tampoco, Harry Dresden. En tu corazón hay demasiada bondad para dejar que estos niños mueran.

Inseguro, le devolví la mirada. Michael había insistido en que le mirara a los ojos cuando nos conocimos por primera vez. Cuando un mago te mira a los ojos es de verdad. Puede ver tu interior, todos los secretos oscuros y los miedos escondidos en tu alma, y tú también ves

los suyos. El alma de Michael me había hecho llorar. Deseé que mi alma le pareciera como a mí la suya. Pero estaba bastante seguro de que no sería así.

Se hizo el silencio. Los niños se callaron.

Cerré el saco de polvo para fantasmas y me lo metí en el bolsillo. En el Más Allá ya no valdría para nada.

Me giré hacia el bastón y la varita que se habían caído, extendí la mano, y solté:

—*Ventas servitas*. —El aire se movió y la varita y el bastón volaron hacia mis manos abiertas antes de desaparecer de nuevo—. De acuerdo —dije—. Voy a abrir una rendija que nos dará cinco minutos. Espero que a mi madrina no le dé tiempo a encontrarme. Si nos encontramos con alguna otra sorpresa, nos podemos dar por muertos o en mi caso, regresar aquí.

—Tienes un buen corazón, Harry Dresden —dijo Michael, con la boca abierta mientras sonreía con fuerza. Se acercó a mí—. A Dios le agradecerá esto.

—Sí. Pídele que mi piso no se convierta en Sodoma y Gomorra y estaremos en paz.

Michael me echó una mirada que denotaba decepción y yo le miré con mal genio. Me puso una mano en el hombro y continuó.

Después, extendí la mano, con las puntas de los dedos tomé contacto con la realidad y con todas mis fuerzas susurré

—*Aperturum*. —Y abrí un hueco entre este mundo y el otro.

Incluso los días que acaban en una gran batalla contra un fantasma loco y un viaje por la frontera entre este mundo y el reino de los espíritus comienzan con bastante normalidad. Este, por ejemplo, comenzó con el desayuno y después el trabajo del despacho.

Mi oficina está en un edificio situado en la periferia del centro de la ciudad de Chicago. Es un edificio antiguo y no está precisamente en inmejorables condiciones, especialmente desde que el año pasado hubo un problema con el ascensor. No me importa lo que todo el mundo dice, no fue culpa mía. Cuando un escorpión gigante, del tamaño de un perro lobo irlandés, está abriéndose paso por el techo de la caja de tu ascensor, te entran verdaderas ganas de adoptar medidas desesperadas.

Bueno, mi despacho es pequeño, solo una habitación, pero situado en la esquina, con un par de ventanas. El cartel de la puerta solo dice, «Harry Dresden, Mago». Nada más entrar hay una mesa, llena de panfletos con títulos tales como: «La magia y tú», «Por qué las brujas no se hunden más deprisa que el resto del mundo», «La perspectiva de un mago». Yo escribí casi todos. Creo que es importante que nosotros, los profesionales del «Arte», conservemos una buena imagen pública. Lo que sea con tal de evitar otra Inquisición.

Detrás de la mesa hay una pila, una encimera y una vieja máquina de hacer café. Mi escritorio da a la puerta y delante de él hay un par de sillas. El aire acondicionado hace ruido, el ventilador del techo chirría al dar vueltas y el aroma del café impregna la alfombra y las paredes.

Entré arrastrando los pies, encendí la cafetera y revisé el correo mientras se filtraba el café. Una carta de agradecimiento de los

Campbell, por haber echado a un fantasma de su casa. Correo basura. Y, gracias a Dios, un cheque de la ciudad por mi último trabajo para el Departamento de Policía de Chicago. En general, había sido un caso asqueroso. Una invocación del demonio, sacrificio humano, magia negra y toda la historia.

Me preparé un café y decidí llamar a Michael para ofrecerle la mitad de lo que había ganado, a pesar de que el trabajo de campo lo había hecho todo yo, él y *Amoracchius* habían llegado en la apoteosis. Yo había tratado con el brujo, él había tratado con el demonio y los buenos ganaron la partida. Yo me había anotado el punto y a cincuenta pavos la hora había tenido unos ingresos de dos mil dólares. Michael renunciaría al dinero (siempre lo hacía) pero me parecía educado hacerle el ofrecimiento, especialmente teniendo en cuenta el tiempo que habíamos pasado juntos, intentando localizar el origen de todos esos acontecimientos fantasmagóricos que estaban teniendo lugar en la ciudad.

El teléfono sonó antes de que pudiera cogerlo para llamar a Michael.

—Harry Dresden —contesté.

—Hola, señor Dresden —dijo una voz femenina y cálida—. Me preguntaba si podría disponer de un minuto de su tiempo.

Me recosté en la silla, y sentí que mi cara dibujaba una sonrisa.

—¿Por qué? Señorita Rodríguez, ¿verdad? ¿No es usted esa entrometida periodista del *Arcana*? ¿Ese periodicucho inútil que publica historias de brujas y fantasmas y de *Bigfoot*?

—Además de Elvis —me aseguró—, no se olvide del rey. Y ahora tengo una columna diaria en el periódico. Mi columna aparece en publicaciones de reputación incuestionable de todo el mundo.

Me reí.

—¿Cómo está hoy?

La voz de Susan se tornó irónica.

—Bueno, mi novio me dejó plantada anoche, pero aparte de eso...

Hice un pequeño gesto de dolor.

—Bueno, ya sabe. Lo siento. Verá, es que Bob tenía algo que contarme que no podía esperar.

—*Ejem!* —dijo con su voz educada y profesional—. No le he llamado para hablarle de mi vida personal, señor Dresden. Es una llamada de negocios.

Sentí que me devolvía la sonrisa. Susan era a todas luces la única entre un millón que me soportaba.

—Ah, perdone, señorita Rodríguez. Haga el favor de continuar.

—Bueno. Estaba pensando en que hay rumores de que anoche hubo en la zona vieja de la ciudad un aumento de actividad fantasmagórica. He pensado que quizá querría compartir algunos detalles con el *Arcane*.

—*¡Ejem!* Eso podría no ser del todo profesional por mi parte. Mi trabajo es confidencial.

—Señor Dresden —dijo—. Yo no recurriría tan pronto a medidas desesperadas.

—¿Por qué, señorita Rodríguez? —Sonreí—. ¿Es usted una mujer desesperada?

Casi podía ver como arqueaba una ceja.

—Señor Dresden, no quiero amenazarle, pero debe entender que tengo muy buena relación con una señorita que usted conoce, y que podría asegurarme de que las cosas se pusieran mal entre ustedes dos.

—Entiendo. Pero si compartiera la historia con usted...

—Me daría una exclusiva, señor Dresden.

—Una exclusiva —rectifiqué—, y así no se tendría que ver obligada a causarme problemas.

—Podría incluso hablarle bien a ella de usted —dijo Susan, primero con la voz alegre y después en un tono más bajo y cargado—. Quien sabe, podría tener suerte.

Pensé en ello un momento. El fantasma que Michael y yo habíamos eliminado la noche anterior era un ser bestial, enorme, que estaba acechando en el sótano de la biblioteca de la Universidad de Chicago. No tenía que mencionar los nombres de ninguna de las personas implicadas, y mientras a la universidad no le importara, dudo que supusiera un daño realmente importante la aparición en una revista que la mayoría de la gente compraba junto con otro tipo de prensa sensacionalista en la zona de las cajas de los supermercados. Además, el mero hecho de pensar en su piel suave de color caramelo, su pelo moreno en mis manos...

—*¡Ummm!* Esa es una oferta a la que no puedo negarme —le dije—. ¿Tiene un bolígrafo?

Lo tenía, y yo me pasé los diez minutos siguientes contándole los detalles. Ella los apuntó mientras me hacía unas cuantas preguntas concisas y cortantes y me sacó toda la historia en menos de que lo que pensaba. Pensé que era una excelente periodista. Casi era una pena que pasara el tiempo escribiendo sobre cosas sobrenaturales que durante siglos la gente se había negado a creer.

—Muchísimas gracias, señor Dresden —dijo—, después de sacarme los últimos datos. Espero que las cosas vayan bien entre usted y la joven esta noche en su casa, a las nueve.

—Puede que la señorita quiera hablarlo conmigo —dije arrastrando las palabras.

Ella dejó escapar una risa gutural.

—Puede que si —asintió Susan—, pero esta es una llamada de negocios.

Me reí.

—Eres terrible, Susan. Nunca te das por vencida ¿verdad?

—Nunca —dijo.

—¿Realmente te habrías enfadado conmigo si no te lo hubiera dicho?

—Harry —dijo—. Anoche me dejaste plantada sin decir nada. Normalmente no soporto que ningún hombre me trate así. Si no hubieras tenido una historia buena que contarme, habría pensado que te habías ido de juerga con tus amigos.

—Sí, con ese Michael. —Me reí—. Realmente es un tipo adecuado para las fiestas.

—A ver si algún día me cuentas su historia. ¿Has hecho algún tipo de avance para descubrir lo que está ocurriendo con los fantasmas? ¿Has mirado en el ángulo del tiempo?

Suspiré cerrando los ojos.

—Sí y no. Sigo sin saber por qué de repente los fantasmas parecen estar asustando a todos, y no hemos podido conseguir tener cerca a ninguno de ellos para echarle un vistazo. Esta noche tengo que intentar algo nuevo, puede que eso valga. Pero Bob está seguro de que no es un problema como el de Halloween. Quiero decir que el año pasado no tuvimos ningún fantasma.

—No, tuvimos hombres lobo.

—Es una situación totalmente distinta —dije—. Tengo a Bob haciendo horas extras para vigilar el mundo de los espíritus por si aumenta la actividad. Si algo está a punto de saltar, lo sabremos.

—De acuerdo —dijo. Dudó un momento—. Harry, yo...

Esperé, pero cuando ella se calló, pregunté:

—¿Qué?

—Yo, esto... solo quiero asegurarme que estarás bien.

Tuve la impresión peculiar de que iba a decir algo más pero no quise presionarla.

—Cansado —dije—. Un par de moratones causados por un resbalón sobre un charco de ectoplasma y un tropezón con un fichero, pero estoy bien.

Se rió.

—Eso me da una idea. Entonces ¿esta noche?

—Estoy deseándolo.

Emitió un gemido de satisfacción cargado de una cierta sexualidad y se despidió.

El día transcurrió bastante deprisa, tuve que resolver un montón de asuntos habituales. Improvisé un hechizo para encontrar un anillo de boda, y rechacé a un cliente que quería lanzar un conjuro de amor sobre su señora. (El anuncio que aparece en la guía telefónica dice específicamente: «Nada de pócimas de amor», pero por alguna razón la gente siempre cree que su caso es especial). Fui al banco, le aconsejé a una persona que llamó que contactara con un detective privado que yo conocía y tuve un encuentro con un pirómano novato para enseñarle a que no quemase a su gato accidentalmente.

Estaba cerrando el despacho cuando oí que alguien salía del ascensor y empezaba a caminar por el pasillo en dirección a donde estaba yo. Los pasos resonaban con fuerza, como si llevara botas y se apresuró.

—¿Señor Dresden? —preguntó la voz de una mujer joven—. ¿Es usted Harry Dresden?

—Sí —dije, cerrando la puerta del despacho—, pero me voy. A lo mejor podemos concretar una cita para mañana.

Los pasos se detuvieron a unos metros de mí.

—Por favor, señor Dresden, tengo que hablar con usted. Solo usted puede ayudarme.

Suspiré sin mirarla. Había pronunciado las palabras que necesitaba para que me desprendiera de mi escudo protector. Pero todavía estaba a tiempo de irme. Mucha gente llega a pensar que la magia les puede sacar de los problemas una vez que se han dado cuenta de que no pueden huir.

—Me gustaría, señora. Será lo primero que haga por la mañana. —Cerré la puerta y me dispuse a irme.

—Espere —dijo. Sentí que se acercaba a mí y me cogía la mano.

Una sensación de cosquilleo y un estremecimiento me subieron por la muñeca hasta el codo. Mi reacción fue inmediata e instintiva. Conseguí frenar esa sensación bloqueándola mentalmente, tiré de la

mano para escapar de sus dedos y di unos pasos atrás para apartarme de la joven.

Todavía sentía el cosquilleo en la mano y el brazo por el roce de la energía de su aura. Era una chica delgada ataviada con un vestido de una sola pieza, botas de combate negras y el pelo teñido liso, negro y despeinado. Las líneas de expresión de su cara eran suaves y dulces y alrededor de los ojos, su piel era pálida como la tiza, estaban hundidos, tenía ojeras. Parpadeaban como si sintieran la cautela de un gato callejero.

Doblé los dedos y evité mirar a los ojos de la chica durante más de una fracción de segundo.

—Usted es una profesional del oficio —dije, tranquilamente.

Se mordió el labio y apartó la vista asintiendo.

—Necesito su ayuda. Ellos me dijeron que me ayudaría.

—Doy lecciones a la gente que quiere evitar hacerse daño con un talento incontrolado —dije—. ¿Es eso lo que busca?

—No, señor Dresden —dijo la chica—. No exactamente.

—Entonces ¿por qué me busca a mí? ¿Qué quiere?

—Quiero su protección. —Levantó una mano temblorosa, jugando con su pelo moreno—. Y si no la tengo... no estoy segura de poder sobrevivir a esta noche...

Volvimos a entrar ambos en el despacho y encendí la luz. La bombilla se fundió. Ocurre muy a menudo. Suspiré y cerré la puerta después de entrar. A través de las persianas se filtraban rayos de luz otoñal dorada que formaban sombras sobre el suelo y las paredes.

Puse una silla delante de mi escritorio para la joven. Me miró unos segundos, pestañeando, confundida y dijo:

—¡Ah! —Y se sentó. Yo di la vuelta a mi escritorio con el abrigo puesto y me senté también.

—De acuerdo—dije—. Si quiere conseguir mi protección, primero tengo que saber algunas cosas.

Ella se echó hacia atrás el pelo de color asfalto con una mano y me miró de forma calculadora. Después, cruzó las piernas para que el corte de su vestido dejara ver una pierna desnuda hasta la mitad del muslo. Con un sutil movimiento de su espalda consiguió que los pezones de sus pechos firmes y jóvenes resaltaran por encima del tejido—. Por supuesto, señor Dresden. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo.

Conseguir que los pezones se noten cuando ella quiere, eso sí que es saber hacer. Bueno, la verdad es que supongo que era un cañón. Supongo. Cualquier adolescente habría babeado y se la habría tirado, pero yo había visto actuaciones mucho mejores. Puse los ojos en blanco.

—No es eso a lo que me refiero.

Su mirada de gatita en celo titubeó.

—¿No... no es eso?—frunció el ceño mirándome, escudriñándome con su mirada, volviendo a examinarme—. ¿Es...? ¿Es usted...?

—No —dije—. No soy gay pero no quiero comprar lo que usted vende. ¿Ni siquiera me ha dicho su nombre y ya quiere abrirse de piernas para mí? No, gracias. ¡Madre mía! ¿No ha oído hablar del sida? ¿Del herpes?

Se quedó blanca, y apretó los labios hasta que también se quedaron completamente blancos.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué quiere de mí?

—Respuestas —le dije, señalándola con un dedo—. Y no intente mentirme. No le reportará ningún beneficio. Lo cual era una mentira a medias. El hecho de ser un mago no te convierte en un detector de mentiras, y yo no iba a mirar su alma para descubrir si era sincera, no merecía la pena. Pero otra gran ventaja de ser un mago es que la gente atribuye casi todo a tus enormes y desconocidos poderes. De acuerdo, solo funciona con aquellos que saben lo suficiente como para creer en magos, pero no lo bastante para entender nuestros límites; el resto del mundo, la gente normal que cree que la magia es una broma, te miran como si en cualquier momento alguien fuera a meterte en un abrigo blanco pequeño.

Se humedeció los labios e hizo un gesto nervioso, sin ninguna intención sexual.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué quiere?

—En primer lugar, su nombre.

Dejó escapar una risa fuerte.

—Cree que voy a darle ese dato, ¿debería llamarle mago?

Aclaración. Aquellos que, como yo, tenemos la capacidad de lanzar hechizos serios, podríamos hacer muchas cosas con el nombre de una persona, pronunciado de sus propios labios.

—De acuerdo, entonces ¿Cómo me dirijo a usted?

No se molestó en volver a taparse la pierna. En realidad, era una pierna bastante bonita, con un tatuaje que rodeaba el tobillo. Intenté no prestar atención.

—Lydia —dijo—. Llámeme Lydia.

—De acuerdo Lydia. Es usted una profesional del Arte. Cuénteme algo al respecto.

—No tiene nada que ver con lo que quiero de usted, señor Dresden —dijo. Tragó saliva, escondiendo su odio—. Por favor. Necesito que me ayude.

—De acuerdo, de acuerdo —dije—. ¿Qué tipo de ayuda necesita? Si está metida en algún tipo de problema relacionado con una banda, le recomiendo que se dirija a la policía. Yo no soy guardaespaldas.

Se estremeció y cruzó los brazos sobre su cuerpo.

—No, no tiene nada que ver con eso. No estoy preocupada por mi cuerpo.

Eso me hizo fruncir el ceño.

Cerró los ojos y tomó aliento.

—Necesito un talismán —dijo—. Algo que me proteja de un espíritu hostil.

Eso me hizo levantarme y ponerme alerta. Dado que la ciudad estaba inmersa en un caos del mundo de los espíritus, no me costaba creer que una chica dotada con talento para la magia pudiera estar experimentando algún fenómeno desagradable. Los fantasmas y los espectros atraen a los que tienen dones para la magia.

—¿Qué tipo de espíritu?

Sus ojos se movían a izquierda y derecha, sin mirarme a mí.

—No lo puedo decir, señor Dresden. Es poderoso y quiere hacerme daño. Ellos... ellos me dijeron que usted podría hacer algo que me pondría a salvo.

Lo cual era verdad hasta cierto punto. En ese momento, llevaba un talismán en mi muñeca izquierda hecho con el sudario de un hombre muerto, plata bendecida, y algún que otro ingrediente más, difícil de encontrar.

—Es posible —le dije—. Eso depende de la razón por la que está en peligro y por la que cree que necesita protección.

—Eso no... no puedo decírselo —dijo. Su pálida cara adoptó una expresión de preocupación, de verdadera preocupación, ese tipo de preocupación que te hace parecer más mayor y más feo. Por la forma de encogerse parecía más pequeña, más frágil—. Por favor, necesito su ayuda.

Suspiré y me froté una ceja con el dedo pulgar. Mis primeros y desenfrenados instintos fueron darle una taza de chocolate caliente, ponerle una manta por los hombros, decirle que todo iba a ir bien y atarle mi talismán en su muñeca. Sin embargo, intenté reprimirlos. Tranquilo, Don Quijote. Todavía no sabía nada de su situación ni de qué quería protegerse. Por lo que yo sabía, estaba intentando evitar a un ángel vengador que venía a por ella en pago por algún acto tan vil que había incitado a los futuros poderes a actuar inmediatamente.

Incluso los fantasmas buenos algunas veces vuelven para hechizar a alguien por una buena razón.

—Mire, Lydia. No me gusta involucrarme en nada sin saber antes algo sobre lo que ocurre. —Pensé que eso antes no me hacía actuar con más precaución—. A menos que pueda contarme algo sobre su situación, convencerme de que de verdad necesita la protección, no podré ayudarla.

Inclinó la cabeza, su pelo de color asfalto le cayó por encima de la cara durante un largo minuto. Después tomó aliento y preguntó.

—¿Sabe lo que son las lágrimas de Casandra, señor Dresden?

—Es un estado profético —dije—. La persona que lo sufre tiene ataques aleatorios, visiones del futuro pero siempre ocurren en condiciones que hacen que las explicaciones de los sueños parezcan increíbles. Algunas veces, los médicos lo confunden con la epilepsia en los niños y prescriben un montón de medicinas. Son unas profecías bastante precisas, pero nadie está dispuesto a creer en ellas. Algunos lo llaman don.

—Pero yo no —susurró—. Usted no sabe lo horrible que es. Ver que algo va a ocurrir e intentar cambiarlo, pero nadie le cree.

La observé detenidamente durante un minuto, en silencio, escuchando como en el reloj de mi pared pasaban los segundos.

—De acuerdo —dije—. Usted dice que tiene este don. Supongo que quiere que me crea que una de estas visiones le avisó de que un espíritu malvado la persigue ¿verdad?

—Uno, no —dijo—, tres. Tres, señor Dresden. Tuve solo una visión cuando intentaron matar al presidente. Tuve dos cuando el desastre de la NASA y el terremoto de Laos. Hasta ahora nunca había tenido tres. Nunca se me había aparecido algo con tanta nitidez...

Cerré los ojos para pensar en ello. De nuevo, mis instintos me volvieron a dictar que ayudara a la chica, que aplastara al fantasma malvado o lo que fuera y que me fuera caminando hacia la puesta de sol. Si realmente padecía el fenómeno de las lágrimas de Casandra, mi actuación podría hacer algo más que salvarle la vida. Mi fe podría cambiarla y transformarla en algo bueno.

Por otra parte, ya me habían tomado por un imbécil antes. La niña era evidentemente una actriz competente. Cuando creyó que le estaba pidiendo que me pagara con favores sexuales, pasó sin problema a representar el papel de una seductora servicial. Que llegara a esa conclusión de forma inmediata basándose solo en mi propia valora-

ción, bastante neutral, decía algo de ella, en realidad todo. No era una niña que estuviera habituada a hacer las cosas de manera justa y decente. A menos que estuviera malinterpretándola, me había ofrecido sexo por mercancías y servicios y era demasiado joven para estar ya de vuelta de todo eso.

La idea de las lágrimas de Casandra era un timo perfecto y ya se había utilizado antes, entre los círculos de los que tenían dotes de mago. La historia no requería ninguna prueba, ninguna representación por parte de la persona que estaba llevando a cabo el timo. Lo único que necesitaría sería una pizca de talento para darle el aura adecuada, puede que la quinesia necesaria para inclinar el dado un poco según caía. Así podría inventar la historia que quisiera sobre sus supuestos dones proféticos, realizar una actuación del nivel de una niña de primaria para poder convencer al bobo de turno, Harry Blackstone Copperfield Dresden.

Abrí los ojos y me di cuenta de que me estaba observando.

—Por supuesto —dijo—, podría estar mintiendo. Las lágrimas de Casandra no pueden analizarse ni observarse. Podría estar utilizándolo como excusa para proporcionar una explicación razonable de por qué tendría que ayudar a una señorita que se encuentra en peligro.

—Eso se parece bastante a lo que estoy pensando, Lydia. Podría ser una bruja de poca monta que ha incitado al demonio equivocado y está buscando cómo salir del atolladero.

Extendió sus manos.

—Lo único que puedo decirle es que no lo soy. Sé que algo va a pasar. No sé el qué, ni sé por qué ni como. Solo sé lo que veo.

—¿Qué es lo que ve?

—Fuego —susurró—. Viento. Veo cosas oscuras y una guerra oscura. Veo que viene la muerte a por mí desde el mundo de los espíritus. Y le veo a usted en medio de todo. Es el principio y el fin. Es usted el único que puede hacer que el camino vaya en diferentes sentidos.

—¿Es esa su visión? Que en Iowa hay menos maíz.

Apartó la mirada.

—Lo que veo es lo que veo.

Era el típico procedimiento. Halagar el ego del blanco fácil, hacerle entrar, hacer que se encuentre cómodo y atraído y desplumarle. Pensé que era sorprendente que alguien estuviera intentado sacarme algo. Mi reputación debía de estar aumentando.

Tranquilo, no tenía sentido ser antipático.

—Mira Lydia. Creo que quizá estás reaccionando de forma desproporcionada. Por qué no nos vemos en un par de días, y vemos si sigues pensando que necesitas mi ayuda.

No me contestó. Se limitó a encogerse de hombros y su cara se quedó flácida por la derrota. Cerró los ojos y yo tuve una persistente sensación de duda. Tuve la incómoda impresión de que no estaba actuando.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Siento haberle entretenido tanto. —Se levantó y empezó a caminar hacia la puerta de mi despacho.

Cambié de opinión y ello me empujó a levantarme de la silla y a cruzar la habitación. Llegamos a la puerta al mismo tiempo.

—Espere un minuto —dije. Me desaté el talismán del brazo, sintiendo el silencioso brote de energía cuando desaté el nudo. Después cogí su mano izquierda y se la di la vuelta para atarle el talismán. Tenía cicatrices pálidas en el brazo, que iban en sentido vertical por las grandes venas. Como las que te puedes hacer cuando te tomas en serio lo de suicidarte. Eran antiguas y casi estaban borradas. Debía de habérselas hecho cuando tenía... ¿unos diez años? ¿Más joven?

Me estremecí y aseguré el pequeño galón de tela antigua y la cadena dorada que llevaba en la muñeca, desviando la energía suficiente para que se cerrase el círculo una vez atado el nudo. Cuando terminé, toqué suavemente su antebrazo. Pude percibir el poder del talismán, una sensación de cosquilleo que se extendía formando una capa de un centímetro largo por encima de su piel.

—La magia de la fe funciona mejor contra los espíritus —dije en voz baja—. Si estás preocupada, ve a una iglesia. Los espíritus son más fuertes justo después de la puesta de sol, más o menos a la hora de las brujas, y luego después justo antes de que amanezca. Ve a Santa María de los Ángeles. Es una iglesia situada en la esquina de Bloomingdale con Wood, cerca del parque Wicker. Es enorme, seguro que la encontrarás. Ve a la puerta de servicio y llama al timbre. Habla con el padre Forthill. Dile que un amigo de Michael te ha dicho que necesitas un lugar seguro en el que estar un tiempo.

Ella se limitó a mirarme fijamente con la boca abierta. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Créame —dijo—, créame.

Me encogí de hombros, me sentía incómodo.

—Puede que sí, puede que no. Pero las cosas han ido mal en las últimas semanas y no me gustaría cargar con tu vida en mi conciencia. Será mejor que te des prisa, va a anochecer enseguida. —Le puse unos billetes en la mano y dije—: Coge un taxi. Santa María de los Ángeles. Padre Forthill. Un amigo de Michael le envía.

—Gracias —dijo—. ¡Oh, Dios!, gracias, señor Dresden. —Con sus dos manos cogió la mía y me dio un beso en los nudillos empapado en lágrimas. Los dedos estaban fríos y sus labios demasiado calientes. Después desapareció por la puerta.

La cerré cuando salió y moví la cabeza.

Harry, eres un idiota. Tú único talismán que te protegería de los fantasmas y acabas de regalarlo. Probablemente sea un agente enemigo. Probablemente la enviaron a sacarte el talismán para que la próxima vez que vayas a estropearles el plan puedan acabar contigo. —Bajé la vista para mirarme la mano, donde todavía sentía el calor del beso de Lydia y la humedad de sus lágrimas. Después suspiré y caminé hasta el armario en el que tenía cincuenta o sesenta bombillas a mano, y cambié la que se había fundido.

Sonó el teléfono. Me levanté de la silla y contesté con voz áspera.

—Dresden.

Hubo silencio y al otro extremo de la línea se oía como chirriaba la electricidad estática.

—Dresden —repetí.

El silencio continuaba y hubo algo que hizo que se me erizaran los pelos de la nuca. Había algo que es difícil de describir, como si una presencia estuviera esperando, regodeándose. La electricidad estática crepitaba y creí oír voces que hablaban con un tono bajo, cruel. Miré a la puerta, por la que había salido Lydia.

—¿Quién es?

—Pronto —susurró una voz—. Pronto, Dresden, volveremos a vernos.

—¿Quién es? —repetí. Me sentía un poco tonto.

Se cortó la línea.

Me quedé mirando fijamente al teléfono antes de colgarlo, después me pasé la mano por el pelo. Un escalofrío me corrió por la columna y se alojó en algún lugar más abajo del estómago.

—De acuerdo —dije. Mi propia voz sonó demasiado fuerte en el despacho. Gracias a Dios no sonó demasiado escalofriante.

La antigua radio de la estantería que había junto a la máquina de café pitó y se puso en funcionamiento, lo que casi me hizo caerme de espaldas. Me acerqué a ella hecho una furia apretando los puños.

—¿Harry?—dijo una voz en la radio—. Eh, Harry, ¿funciona esto?

Intenté que mi corazón, que latía a toda velocidad, se calmase y me concentré en la radio para que se oyera mi voz.

—Sí, Bob, soy yo.

—Gracias a las estrellas —dijo Bob—. Decías que querías saber si había descubierto si estaba ocurriendo algún otro acontecimiento fantasmagórico.

—Sí, sí, venga.

La radio silbó y la electricidad estática chirrió, era una interferencia espiritual, no física. La radio ya no estaba configurada para recibir en la frecuencia AM/FM. La voz de Bob estaba modificada, pero pude entenderle.

—Mi contacto ha logrado llegar esta noche al hospital Cook County. Alguien ha incitado a Agatha Haggleshorn. Eso es algo malo, Harry. Es una viejecita muy malvada.

Ambos me dieron el resumen de la espeluznante y trágica muerte de Agatha Haggleshorn, y el objetivo que probablemente perseguía en el hospital. Miré mi muñeca izquierda en la que ya no estaba el talismán y de repente me sentí desnudo.

—De acuerdo —dije—. Estoy en ello. Gracias, Bob.

La radio chirrió y se quedó en silencio, y yo salí a toda prisa por la puerta. La puesta de sol llegaría en menos de veinte minutos, hacía rato que estábamos en hora punta y si no estaba en el Cook County antes de que se hiciera de noche, podrían pasar todo tipo de cosas horribles.

Salí volando por la puerta delantera, con la bolsa de polvo para fantasmas bien cargada en el bolsillo, y me di de bruces con Michael, alto y corpulento, quien llevaba una enorme bolsa de deporte en el hombro, en la que yo sabía que no había más que su *Amoracchius* y su capa blanca.

—¡Michael! —espeté—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Su cara sincera esbozó una amplia sonrisa.

—Cuando hace falta, él se ocupa de que esté aquí.

—¡Ah! —dije—. Estás de broma.

—No —dijo con un tono de voz serio. Después se calló—. Por supuesto, has estado en contacto conmigo todas las noches durante las

últimas dos semanas. Esta noche, solo pensaba que le ahorraría tener que organizar todo para que pareciera algo casual, así que he venido nada más terminar de trabajar. —Bajó delante de mí y ambos entramos en el Escarabajo azul, él por la puerta roja y yo en la blanca y ambos miramos la capota gris cuando puse en marcha mi viejo vw.

Y así fue como acabamos luchando en la enfermería del Cook County.

De todos modos, ya saben a lo que me refiero cuando hablo de un día bastante normal que se echa a perder. Bueno, puede que no fuera tan normal. Cuando nos pusimos en marcha y puse mi Escarabajo a toda velocidad, tuve la deprimente sensación de que mi vida volvería a ser ajetreada.